

La verdadera historia la escribe la vida

You know I hate, detest, and can't bear a lie,
not because I am straighter than the rest of us,
but simply because it appals me. There is a taint
of death, a flavour of mortality in lies – which is
exactly what I hate and detest in the world – what
I want to forget. It makes me miserable and sick,
like biting something rotten would do.¹

(Joseph Conrad, *Heart of Darkness*, chapter 1)

La verdadera historia de la humanidad nunca se ha escrito realmente. Lo que leemos no se corresponde ni remotamente con la realidad. Pero no podemos valorar hasta qué punto un escritor, en parte siguiendo su conciencia, en parte perseguido por su conciencia, lucha con el lenguaje para acercarse con palabras a lo indecible.

Un polaco que no aprendió inglés hasta que tuvo 21 años es conocido como Joseph Conrad, uno de los más grandes escritores en lengua inglesa de finales del siglo XIX y principios del XX. La chispa la encendió en él su padre, Apollo Korzeniowski, que tradujo al polaco a William Shakespeare y Victor Hugo. Procedía de Berdyczów, en la provincia de Kiev, que había sido polaca hasta 1793. Fue detenido en 1861 por su apego a la independencia polaca y exiliado a Vologda, en el norte de Rusia. Su hijo Józef Teodor Nalecz Konrad hizo realidad el sueño de su padre. Su viaje al Congo en 1888, el único en el que fue capitán, le marcó de por vida. Tras una grave enfermedad y una depresión, escribió sobre sus experiencias en relatos cortos y novelas, que le exigieron cumplir la misión de su vida. Como capitán del servicio de la marina mercante británica, se convirtió en cómplice de la explotación de la colonia en África, que estuvo vinculada al genocidio de la población nativa. Como en *El negro del Narciso* y *Lord Jim*, el capitán Marlow es el narrador en primera persona en *El corazón de la oscuridad*. Aquí tiene la heraclídea tarea de relatar las indescriptibles experiencias y hacer el desesperado intento de acercarse con palabras al indecible corazón de oscuridad. El propio autor teme acercarse demasiado a una verdad que en realidad es mentira. Marlow relata su viaje al Congo para encontrarse con el misterioso agente Kurtz en la «Estación Interior». Espera encontrar a un hombre fuerte y con principios morales en contraste con los cínicos 'flabby devils' de la estación central², pero tiene sus reservas desde el principio: «No habría llegado a luchar por Kurtz, pero le defendí, casi hasta el punto de mentir. ...³ Marlow oye por casualidad partes de una conversación confidencial entre dos agentes; el mayor, tío del otro, se hace notar porque es un 'manager', es decir, un agente al mando. Un cazador de marfil, que parece haberse impuesto en su distrito, es un estorbo y ya tiene un plan para deshacerse de él. El comentario de su sobrino da una idea de la arrogante ignorancia de los administradores del Imperio, que hacen lo que les da la gana lejos de casa: «No nos libramos de la competencia desleal hasta que uno de estos tipos no se convierta en un ejemplo», dijo. Desde luego", gruñó el otro, »¡habría que colgarlo! ¿Por qué no? En este país todo es posible. Eso es lo que yo digo; nadie, aquí, ya ve, aquí, puede poner en peligro tu posición. ¿Y por qué? Puedes soportar el clima - sobrevivirás a todos. El peligro está en Europa, pero ya me ocupé de él allí antes de irme. ... «⁴

A continuación, Joseph Conrad expresa su decepción por la hipocresía de los pioneros del colonialismo y por su propio idealismo: »La conquista de la tierra, que suele significar arrebatársela a quienes tienen un color de piel diferente o unas narices un poco más planas que las nuestras, no es

1 Sabes que odio, detesto y no puedo soportar una mentira, no porque sea más derecho que el resto de nosotros, sino simplemente porque me horroriza. Hay una mancha de muerte, un sabor de mortalidad en las mentiras - que es exactamente lo que odio y detesto en el mundo - lo que quiero olvidar. Me hace sentir miserable y enfermo, como lo haría morder algo podrido.

2 «Diablos flojos»: así llama Marlow a los administradores de la estación central, inútiles empleados administrativos que se ven a sí mismos como representantes del Imperio.

3 I would not have gone so far as to fight for Kurtz, but I went for him near enough to a lie.

4 Eso, cap. 2

una cosa bonita si te preocupas demasiado por ella. Lo que salva esto es sólo la idea. Una idea detrás, no una pretensión sentimental, sino una idea, y una creencia desinteresada en esa idea... «⁵ La realidad es desalentadora. No basta con los prejuicios y el racismo, también se criminaliza a los nativos: «Otro informe desde el acantilado me hizo pensar de repente en el buque de guerra que había visto disparar contra un continente. Era el mismo tipo de voz ominosa; pero a estos hombres no se les podía llamar enemigos ni en la más remota imaginación. Se les llamaba criminales, y la ley violada había llegado a ellos como los proyectiles que estallan, un misterio insoluble del mar"». ⁶ Quizá fue la fe de Joseph Conrad en la naturaleza lo que impidió que su novela corta se hundiera en el lodazal de la misión mercenaria imperialista de Stanley, que compró grandes partes del Congo en nombre del rey belga Leopoldo II, quien le remuneró muy bien. Los jefes bantúes que firmaron sus contratos en inglés muy probablemente no lo leyeron todo. Los tratados contenían una cláusula que estipulaba que todos los trabajos considerados necesarios por la misión de Stanley serían «asistidos por mano de obra o de otro modo». Los trabajos forzados necesarios para construir carreteras y hacer navegable el Congo contrastaban con el supuesto fin de la esclavitud en la región. Más tarde, incluso los hijos y jóvenes de los esclavos liberados por los negreros afroárabes fueron enviados a puestos administrativos. De hecho, los jesuitas en particular les dieron un hogar en las estaciones de misión donde fueron acogidos. Pero también se les preparó para que colaboraran en el desarrollo del país. Cuando Leopoldo abolió el libre comercio, el comercio de marfil pasó a ser ilegal y los trabajadores forzados de la colonia se convirtieron en ladrones. Surgieron bandas que siguen haciendo de las suyas, con el resultado de que las poblaciones autóctonas de elefantes se han extinguido. Así pues, el mayor mal no es el monstruo, ya sea Kurtz o Stanley, sino los «diablos flojos», los administradores de los poderosos que, como Leopoldo, compran un territorio 75 veces mayor que Bélgica.

En esencia, ya se abordan aquí las intervenciones de los imperios en países con recursos naturales. Los nativos son salvajes incivilizados a quienes hay que adiestrar como a burros para que no llegen a tonterías. Sólo sirven para arrebatar a la naturaleza lo que ésta no da voluntariamente. Lo que entonces eran el marfil y el uranio, hoy son otros recursos naturales los que se extraen. Los ideales de los gobernantes coloniales, que querían transmitir a su colonia los principios de su civilización, ya eran puro autoengaño en Asia. En África, el propósito de la ayuda al desarrollo sirvió completamente a los medios de explotación. La explicación de que se crean puestos de trabajo para la población local es cínica si se tienen en cuenta las consecuencias de la peligrosa extracción de recursos para las familias cuyos hijos sacrifican su salud para alimentar a sus padres y hermanos.

En *Nostramo*, su obra tardía ambientada en una Sudamérica ficticia, Joseph Conrad ha transmitido sus conocimientos sobre las maquinaciones de los gobernantes coloniales del mundo: el enredo de los dueños de las minas con la política, así como la dependencia de la mano de obra local. Cuando muestra la esclavitud de los jornaleros locales, revela también la delincuencia de bandas a la que los lanceros⁷ tenían poco que oponer. El rumor de que la frustración del oficial tras perder a su tropa en una emboscada en la que la banda del desertor Hernández los había humillado, fue tan grande que golpeó al Procurador General en la cara con la parte ancha de su sable frente a su esposa e hija; este hecho enfureció a la señora Gould, quien sabía de las acciones turbias de los funcionarios del gobierno. El gobernador Don Pepe goza de la confianza de la Sra. Gould, esposa del propietario de la mina de plata. En respuesta a su comentario sobre el interés de la banda de ladrones bajo su jefe Hernández en los lingotes de plata, ella responde: «Sin la tiranía sin ley de su gobierno, Don Pepe,

⁵ The conquest of the earth, which mostly means the taking it away from those who have a different complexion or slightly flatter noses than ourselves, is not a pretty thing when you look into it too much. What redeems it is the idea only. An idea at the back of it; not a sentimental pretence but an idea; and an unselfish belief in the idea ... - 'Life and Letters', I, S. 124; 'The Sea Dreamer', S. 154-159. Citado en: Albert J. Guerard, Joseph Conrad's 'Heart of Darkness'. En: Englische Literatur von Oscar Wilde bis Samuel Beckett. Ed. por Willi Erzgräber. Fischer, Frankfurt a. M. 1970.

⁶ Another report from the cliff made me think suddenly of that ship of war I had seen firing into a continent. It was the same kind of ominous voice; but these men could by no stretch of imagination be called enemies. They were called criminals, and the outraged law, like the bursting shells, had come to them, an insoluble mystery from the sea.

⁷ < Latín tardío *lancearius*, generalmente utilizado para describir la infantería, que fueron equipados con lanzas y otras armas de mano desde los sumerios 3000 a.C.

muchos salteadores⁸ de la banda de Hernández vivirían pacífica y felizmente del trabajo de sus manos »⁹. Con estas palabras, ella le hace revelarse:

«Señora», exclamó entusiasmado don Pépé, «¡es verdad! Es como si Dios le hubiera dado el poder de mirar en el pecho de las personas. Usted ha visto cómo trabajan a su alrededor, Doña Emilia: mansos como corderos, pacientes como sus propios burros, valientes como leones. Yo los he llevado hasta la boca de los cañones -yo que estoy aquí ante usted, señora- en tiempos de Páez, que estaba lleno de generosidad y sólo superado en valor por el tío de don Carlos aquí presente, que yo sepa. No me extraña que haya bandidos en el campo, cuando en Sta. Marta sólo hay ladrones, estafadores y macacos sanguinarios que nos gobiernan. Sea como fuere, un bandido es un bandido, y tendremos una docena de buenos y rectos Winchester cabalgando hacia Sulaco con la plata.»¹⁰

Sin embargo, el Winchester no es un arma contra la corrupción. El gobernador señala a los funcionarios de la sede del gobierno en Santa Marta, pero hipócritamente desvía la atención de sus propias relaciones con los propietarios de la mina de plata: La Sra. Gould es para él Doña Emilia y ella le llama Don Pepe. Como también tiene deberes administrativos como gobernador, es difícil imaginar que sea imparcial. Una persona importante, a la que no menciona por su nombre, pero que en su día fue un hombre poderoso en Santa Marta, ha dicho en voz alta quién ostenta el poder en la región: «¿Llama a estos hombres funcionarios del gobierno? ¿A ellos? Jamás. Son funcionarios de la mina - funcionarios de la concesión - te lo estoy diciendo».

A pesar de no haber estado él mismo en Sudamérica, Joseph Conrad consiguió dibujar los personajes con realismo, gracias sobre todo a su avalista, el escritor y político socialista R. B. Cunninghame Graham, que le transmitió sus experiencias. Conrad se basó en sus propias experiencias de juventud al escribir la novela, incluido su primer amor. Su nombre en la novela es Antonia, uno de los pocos personajes femeninos que Conrad se atrevió a retratar en su obra. Sudamérica es un escenario más de las experiencias que impulsan a Joseph Conrad a escribir porque cree que es la única manera de acercarse a la amarga verdad del hipócrita mundo de los imperialistas santurriones.

Si el sentimiento de superioridad de una civilización que se eleva con sus ideales por encima de países «menos civilizados», aunque ellos mismos sean en realidad poco más que explotadores, se basa en una mentira que tomó su desastroso curso a más tardar con la Revolución Francesa, entonces hay que preguntarse si la historia escrita de la humanidad sigue teniendo alguna justificación. Egon Friedell escribe en el capítulo «Imperio» de su historia cultural de los tiempos modernos:

Cuando se habla de la Revolución Francesa, se suele decir que su gran importancia histórica radica en que propició la liberación de Francia y la liberación de Europa al liberar a la sociedad del dominio del absolutismo, la Iglesia y los estamentos privilegiados; la proclamación de los «derechos humanos» marcó la era de la independencia intelectual, la autolegislación burguesa y la competencia económica sin trabas. ... La Revolución Francesa no trajo la igualdad; sólo condujo a otra forma de desigualdad aún más censurable: la desigualdad capitalista.¹¹

Incluso la represión despiadada de Robespierre sólo demostró la incapacidad de la razón para crear algo parecido a la justicia social, aun menos con la guillotina. Georg Forster, quien al principio se mostró entusiasmado con la Revolución Francesa, no tardó en escribir: «La tiranía de la razón, quizá la más férrea de todas, sigue aguardando al mundo... Cuanto más noble es la cosa y más excelente, más diabólico es el abuso. El fuego y la inundación, los efectos nocivos del fuego y del agua, no son nada comparados con el desastre que causará la razón.» Considerando las

8 *Salteadores* es el nombre que se da en *Nostromo* a los salteadores de caminos que atacan a los transportistas de la mina de plata.

9 „If it had not been for the lawless tyranny of your Government, Don Pepe, many an outlaw now with Hernandez would be living peaceably and happy by the work of his hands.“

10 Joseph Conrad (1904). *Nostromo*. Part 1, The silver of the mine. Ch. 8. Penguin, Harmondsworth.

11 Friedell, E. (2009). *Kulturgeschichte der Neuzeit*. [Historia cultural de los tiempos modernos.] Edición con licencia por cortesía de Wunderkammer Verlag GmbH. Zweitausendeins, Frankfurt a.M. p. 570f.

consecuencias del reinado del terror de los protagonistas de la Revolución Francesa, cada uno con sus propios ideales inhumanos, uno tiene que dudar de que su autoproclamada misión pudiera haber dado lugar a algo positivo en absoluto. ¿Cómo puede la idea de que la tiranía del pueblo podría acabar con la tiranía de la nobleza señalar el camino hacia los derechos humanos? ¿Puede la decapitación de los ricos aportar más justicia al pueblo?

No obstante, las democracias de nuestro tiempo derivan su legitimidad de la Declaración Americana de los Derechos Humanos, la Declaración de Independencia de 1776 y la Revolución Francesa de 1789. Sin embargo, la Declaración Americana de los Derechos Humanos se dirigía en realidad a los colonos blancos, no a sus esclavos, y en la Revolución Francesa los medios violentos supuestamente utilizados para imponer los derechos civiles y humanos demostraron que el intento de cambio político estaba condenado al fracaso simplemente porque sus autores no tenían una idea clara de un nuevo orden político. La decepción de la clase obrera ante el continuo favorecimiento de las clases adineradas y el sufragio censitario condujo a la revolución de 1848 en Francia, a la que siguieron las revoluciones de Viena, Budapest y Berlín, así como los disturbios en el sur de Alemania, Italia y Dinamarca. El resultado fue una reorganización fundamental no sólo en Francia, sino también en Alemania: la Segunda República concedió por fin a los franceses el sufragio universal e igualitario, y la Asamblea Nacional de la Paulskirche (iglesia de San Pablo) de Frankfurt convirtió a Alemania en una nación. Sin embargo, las revueltas obreras de junio en París se saldaron con 10.000 muertos y el cierre de los talleres nacionales, que debían dar trabajo a todos. La aprobación de la Constitución Imperial por el Parlamento de Frankfurt el 28 de marzo de 1849 dio lugar a una monarquía parlamentaria con un emperador hereditario. Aunque el rey Federico Guillermo IV de Prusia fue elegido emperador alemán bajo la presión de Félix Schwarzenberg, quien quería restaurar el Imperio de Habsburgo, en abril rechazó la elección imperial y disolvió el Parlamento de Frankfurt. En Francia, hicieron falta dos revoluciones para deshacerse del imperio napoleónico y convertir al príncipe Luis Napoleón en presidente. Si comparamos la transformación del trono imperial al cargo de Presidente del Reich durante la República de Weimar con la segunda república en Francia, queda claro el declive en valores y dignidad de ambos imperios. Pero también se reconoce el peligro inherente a la secularización de la monarquía como derecho divino, que de hecho abrió más tarde la puerta al pragmatismo bárbaro de Hitler. Asumió el cargo del presidente saliente del Reich, Hindenburg, de forma indigna y se erigió en gobernante único como canciller del Reich. La persecución religiosa y el genocidio subsiguientes fueron consecuencias horribles con las que la gente civilizada no había contado. Pero si nos remontamos a los genocidios de la Primera Guerra Mundial, a la época colonial, a la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que terminó con la rendición de París, y a la Revolución Francesa, no resultan del todo sorprendentes.

Tal vez quienes contemplan la historia de este modo puedan adivinar por qué Joseph Conrad abordó con la cautela del novelista el autoempoderamiento del hombre moderno emancipado, quien se liberó gradualmente de la tutela de la religión tras los gloriosos viajes de descubrimiento de los exploradores quienes dieron la vuelta al mundo. Lo que era una blasfemia en la época del Renacimiento se convirtió más tarde en algo decisivo para la supervivencia en una sociedad secularizada. La decisión de pensar independientemente de la Iglesia, herejía que llevó a Galileo a la muerte en la hoguera, decide sobre la vida y la muerte en medio de la ejecución de miles de creyentes en el derecho divino del rey durante la Revolución Francesa. En el Tercer Reich se persiguió a todos los creyentes, no sólo a los judíos. Los secuaces de Hitler llevaban a los testigos de Jehová a la cámara de gas con la misma consecuencia con la que ejecutaban con cuerdas de piano a Dietrich Bonhoeffer, quien acababa de ser ordenado sacerdote. Lo que Habermas analiza en su obra tardía *Fe y Conocimiento*¹² es la punta de un iceberg que Joseph Conrad circunnavegó. La secularización, en realidad la esperanza de los europeos ilustrados de independizarse de la Iglesia y la corona, no eliminó la mentalidad de amo y siervo. No porque las monarquías y la esclavitud sigan existiendo, sino porque el hombre moderno no ha acudido a la llamada de Descartes. No se atreve a pensar con independencia de su gobernante y de su partido. El espíritu de John Locke, Rousseau y Montesquieu era más fuerte que la espada. Pero sólo la espada da gloria a los héroes de

12 Habermas, J. (2001). *Glauben und Wissen*. Edition Suhrkamp, Frankfurt a.M.

la democracia. Cualquiera que hoy se llame a sí mismo demócrata debería, por tanto, comprobar si no es un sucesor de Hobbes, es decir, un defensor de la 'Realpolitik'¹³.

Si queremos legitimar nuestra comprensión de la democracia, entonces no con la Revolución Francesa, sino con el espíritu pionero de los puritanos, el parlamento de los colonos en Virginia en 1619 y el reconocimiento del derecho de los colonos a su propia representación en 1621. *La vinculación del gobernante a la ley* de Locke, *De l'Esprit de lois* de Montesquieu con la separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial bajo el ejercicio del poder legislativo por los representantes del pueblo y *la doctrina de la libre empresa* de Adam Smith son las verdaderas piedras angulares de nuestra democracia, que se ha desarrollado desde la Ilustración.

Sin embargo, la tiranía de la razón, que Georg Forster previó con horror, se sentó en el trono en Inglaterra a finales del siglo XVIII. Las anotaciones en los libros de historia dan testimonio de una tiranía más inhumana que la de los condes y príncipes desde la Edad Media: es la eficiencia, medida por el rendimiento laboral de la máquina, la que guía el trabajo en las fábricas y las minas. Una eficacia que no sólo exige el máximo rendimiento de los obreros, sino también de sus esposas e hijos. Antes también trabajaban juntos, cuando trabajaban la tierra, pero no era la máquina la que dictaba sin piedad su ritmo de trabajo, sino la naturaleza con sus estaciones y fluctuaciones climáticas. La introducción del derecho a la huelga en 1824, el derecho al voto en el censo, la limitación de la jornada laboral de los niños a 8 horas y de los jóvenes a 12 horas diarias, el nombramiento de inspectores de fábrica en 1833 y la prohibición de trabajar en las minas a las mujeres y niños menores de 10 años en 1842 son hitos en el camino hacia las reformas sociales de Bismarck a finales del siglo XIX, pero en realidad son espantosos testimonios de una servidumbre inhumana. Los incansables esfuerzos de Charles Dickens en la lucha contra la injusticia social deben honrarse tanto como la obra de toda una vida de Karl Marx, si reconocemos a ambos como paladines de los derechos humanos, que existen desde hace mucho tiempo como ideales, pero que aún hoy esperan ser aplicados. Y ello en medio de una migración de los pueblos, que exige hoy el compromiso de todas las fuerzas democráticas. Corresponde a la sociedad democrática de Occidente poner en práctica estos ideales. Heinrich August Winkler escribe en su análisis de 2015 *Europa será occidental o no será*:

Europa no puede resolver en su propio territorio los problemas de los países de los que huye en masa la población. Además de una ayuda eficaz al desarrollo, facilitar la inmigración legal es una de las cosas que puede hacer para ayudar a los emigrantes del Tercer Mundo. La UE también debe ponerse de acuerdo sobre el reparto de las cargas entre los países más afectados por los flujos migratorios y los demás, lo que exige apartarse del reglamento pertinente de 2013 ("Dublín III"), según el cual los refugiados solo pueden solicitar asilo en el país de llegada. Los pasos en esta dirección son inevitables si la Comunidad no quiere agravar su dilema moral: la evidente discrepancia entre su práctica política y el proyecto normativo al que se han comprometido las democracias occidentales con su compromiso con los derechos humanos inalienables¹⁴.

El proyecto normativo no es ni más ni menos que la realización de los ideales por los que entendemos nuestra forma democrática de gobierno y de los que nos sentimos orgullosos. Está construido sobre valores inestimables que sólo hemos preservado con el compromiso desinteresado de todas las personas que lucharon por él. Corremos un gran peligro de perderlos si no los afirmamos ahora. Slavoy Žižek advierte explícitamente de este peligro:

Para el capitalismo global no representa ningún problema adaptarse a la pluralidad de religiones, culturas y tradiciones locales. En este sentido, la cruel ironía del antieurocentrismo consiste en que, en nombre del anticolonialismo, se critica a Occidente precisamente en el momento histórico en que el capitalismo global ya

¹³ El término 'Realpolitik' se remonta al escrito *Grundsätze der Realpolitik* (Principios de la Realpolitik) del cofrade August Ludwig von Rochau, que explica así: «Gobernar significa ejercer el poder, y el poder sólo puede ser ejercido por quien lo posee. ...» - Citado en: Winkler, H. A.. (2015). *Zerreiβproben*, p. 73: Macht, Moral und Menschenrechte. *Über Werte und Interessen in der deutschen Außenpolitik* (Poder, moral y derechos humanos. Sobre valores e intereses en la política exterior alemana). 1 de julio de 2013.

¹⁴ Winkler, H. A. (2015). *Europa será occidental o no será. Reflexiones sobre la identidad normativa de la UE*. En: *Zerreiβproben [Pruebas desgarradas]*. Deutschland, Europa und der Westen. Interventionen 1990-2015. C.H. Beck, München.

no necesita los valores culturales occidentales para funcionar sin problemas, porque también le va bastante bien con una "modernidad alternativa" autoritaria. En resumen, tendemos a rechazar valores culturales occidentales elementales en un momento en que muchos de ellos (por ejemplo, el igualitarismo, los derechos fundamentales, el Estado del bienestar) podrían servir como arma contra la globalización capitalista en una nueva interpretación crítica.¹⁵

Nada menos que una revolución es necesaria para salvar la democracia, escriben Hedwig Richter y Bernd Ulrich en su ensayo en *Die Zeit* del 11 de abril de 2024, que han titulado hábilmente con una gráfica R-EVOLUCIÓN vertical (con una mariposa sentada sobre la R inclinada). Sin embargo, nuestra expectativa de que el polinizador secuestrara la R de la revolución, es decir, que la creencia en la evolución pudiera impedir la revolución, se ve defraudada. Los autores del libro de no ficción *Democracia y Revolución* se refieren a los efectos secundarios o daños colaterales de los derechos civiles a la comodidad y la despreocupación que cultivan y exigen constitucionalmente los ciudadanos mimados: si no queremos que los efectos secundarios "sigan creciendo por encima de nuestras cabezas, entonces el modo de vida debe reducirse muy rápidamente en efectos secundarios, no sólo ecológicos, que es la primera parte de la revolución". Lo que los autores describen como revolución es el paso decisivo para alejarse de una política de paternalismo y hacer que los ciudadanos compartan la responsabilidad de los cambios de gran alcance: "En el nuevo mundo, el Estado daría a los ciudadanos la oportunidad de participar democrática y ecológicamente, ayudándoles a hacer lo que tienen que hacer de todos modos para preservar su dignidad y la democracia: cambiar sus vidas." Quizá deberían dejar de mentir.

Al final, lo que queda es lo que ya existiría incluso sin una revolución o un renacimiento de las virtudes democráticas del autogobierno, el autocontrol, la disciplina y la solidaridad: la democracia como reto, una forma de gobierno que sólo puede funcionar si todos los ciudadanos se comprometen honestamente entre sí, renuncian a los privilegios y comparten con los demás lo que ellos mismos no necesitan o, mejor aún, lo que los demás necesitan más. O si prescinden de lo que perjudica a los demás. Incluso a los animales. La serie documental británica *Our Living World*, del director James Shelton y narrada por Cate Blanchett, muestra un camino diferente para la recuperación de las comunidades humanas: Restablecer el equilibrio biológico como requisito previo para un mundo natural sano, que es, al fin y al cabo, la base de nuestra existencia. Lo que debería motivarnos: Sólo podemos sobrevivir con una naturaleza sana. Nosotros la necesitamos, ella no nos necesita a nosotros.

Lörrach, Mayo 6 de 2024

Bernhard Wahr

Copyright ©

All rights reserved. Apart from any fair dealing for the purposes of research or private study, or criticism or review, no part of this article may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means without the prior permission in writing from the publisher.

¹⁵ Žižek, S. (2015). *Der neue Klassenkampf* [La nueva lucha de clases]. Ullstein, Berlín.